

EL ESPACIO PÚBLICO: ¿GUERRA Y PAZ?

La propuesta que me han hecho de prologar el libro *Formas de la Sociabilidad –una geografía de los espacios públicos en Río de Janeiro* coordinado por Paulo da Costa Gómes y Leticia Parente Ribeiro para la Colección Eirene de la Universidad de Granada, me implicó un reto personal sustancial.

Quizás es cierta visión crítica mía -aunque no forzosamente pesimista- de lo que ocurre en los espacios públicos que más ha sido cuestionada por la lectura atenta de esta obra, por lo demás mucho más optimista que lo que me podía imaginar al emprender su revisión.

Me brotaban inicialmente imágenes acumuladas por el roce continuo con las noticias globales que involucraban al espacio público como *locus* de conflictos: las casi treinta semanas de manifestaciones y desmanes asociadas a la revuelta de los «Chalecos Amarillos» franceses traen a la mente un espacio público de revuelta, donde los macanazos, patadas, gases diversos y balas de goma, incendios y degradaciones han sido las más claras manifestaciones de una revuelta traída a los espacios públicos, inclusive los más selectos y emblemáticos a nivel mundial. A la par, la violencia de carteles y pandillas en las ciudades de México, se dan esencial aunque no exclusivamente, en sus calles, transformándolas en escenarios de batallas campales entre autoridades y pandillas o entre estas mismas. Podría acumular ejemplos, entre otros los que remiten a esa violencia omnipresente, «...violencia que asume la forma de la banalidad...» como lo afirma Aranda (2005: 97), como oposición y resistencia a la «violencia totalitaria» en términos de Maffesoli (1982). La primera se relaciona con la saturación de los espacios públicos, que impulsa la presencia de un conflicto permanente en oca-

siones paroxístico entre conductores, peatones o, más recientemente también entre los últimos y las bicicletas o patines motorizados o no.

Indudablemente Simmel (1999), agudo observador de las ciudades y de las sociedades de su época, acertó en escribir sobre el conflicto en el marco de sus ensayos sobre temas tan diversos como el dinero, la moda o las ruinas. Habrá que recordar que para el autor berlinés, el conflicto no es forzosamente negativo, sino que es parte integrante y hasta cierto punto integradora de las sociedades; es una de las formas de socialización (Simmel, 1999). En la actualidad, esta aseveración parece bien contraria a los anhelos de sociedades que reclaman la paz.

Mi recorrido por el libro fue impulsado entonces por un interés genuino en entender cómo los autores -muchos provenientes y tratando de una ciudad violenta inserta en un país violento- manejaron el tema del conflicto y de sus efectos sociales, particularmente en el espacio público.

En la introducción, Paulo da Costa Gomes y Leticia Parente Ribeiro hacen mención de que el espacio público genera la posibilidad de encuentros, los cuales califican de *Sociabilidad Pública*. No todos los espacios frecuentados por la población de una ciudad o por sus visitantes tienen características que permiten la expansión de esa sociabilidad pública referida por los autores. En buena medida, los espacios privados para uso público suelen establecer una competencia fuerte con los espacios genuinamente públicos. Al paseo por las calles y los parques, las sociedades actuales suelen preferir cada vez más las pseudo-calles de los espacios cubiertos en los centros comerciales. Menos ruido quizás, protección contra las inclemencias del clima, sensación de mayor seguridad son algunos de los factores que impulsaron el uso de ese tipo de espacios frente al espacio tradicional sea plaza, parque, calle, etc.

En un ensayo de hace varios años (Hiernaux, 2013), hice la reflexión de que los pasajes y galerías cubiertas de París habían sustituido por varias décadas el paseo por las calles y los parques de la capital francesa, justamente por los criterios que enumeramos antes. De esta forma, la modalidad de espacio privado de uso público, con sus normas y restricciones, inclusive con sus intentos de segregación social no es algo reciente que sólo sería asociable solamente a la modernidad o posmodernidad, sino algo profundamente anclado en la historia del capitalismo. La noción de «no lugar» introducida por Augé (1992)

tiempo atrás fue un concepto particularmente atractivo para quienes pensaban que los espacios privados de uso público «no tenían vida», eran tierra de anonimato; se pudo demostrar la falsedad de tal afirmación ya que la capacidad de apropiación y subversión de los espacios y de las normas que los rigen es particularmente aguda en cualquier población (salvo posiblemente en Corea del Norte inmersa en una violencia totalitaria paroxística).

Sin embargo, los espacios que se estudian en esta obra son totalmente diferentes: lugares de encuentro, genuinamente de uso público, de convivencia, ofrecen por lo general una colorida asistencia de personas en busca de una socialidad que tiende a perderse cada vez más. Por supuesto que se reconoce que no es nada inusual encontrar a personas en un rincón de un parque o sentadas en un restaurante, usando de manera aislada y continua su teléfono portable en vez de aprovechar las oportunidades de intercambio que ofrece la reunión de personas en un mismo lugar. Esas situaciones son cada vez más frecuentes y pudieran llevar a un pesimismo creciente sobre la capacidad comunicativa de las personas con la consecuente pérdida de sentido de espacio público si se transforma en una colección de «esferas» (Sloterdijk, 2003) comunicadas entre sí, y solo ocupando materialmente el espacio.

En este sentido, el libro nos ofrece ejemplos que nos invitan a una profunda reflexión sobre el espacio público. La reunión de los textos bajo una clasificación temática más que espacial es particularmente pertinente, porque ofrece una lectura transversal de los espacios estudiados. *Superficies, Ocupaciones, Discontinuidades y Extrañezas* son los cuatro temas ordenadores de los ensayos y actúan como si fueran movimientos musicales dentro de la polifonía de los ensayos: les dan sentido, articulación, inclusive una visibilidad muy fina y distinta de lo que sería una clasificación por espacios por ejemplo y es, sin la menor duda, una de las cualidades más valiosas de la obra.

Las playas por ejemplo, componente emblemático y dinámico de un imaginario significativo de Río, entre otros para los turistas internacionales, no son espacios uniformes cubiertos por una población indiferenciada como pudiera pensarse a primera vista desde la perspectiva limitada de analizarlas como espacios de concentración de individuos. Por lo contrario se puede imaginar, gracias al trabajo de Nicolás

Zanette Muricy y Paulo César da Costa Gómes, una suerte de tapete cambiante con matices de concentración de la orilla del mar hacia el contorno urbanizado, con población variada según las horas del día y de la noche, las amenidades cercanas, la accesibilidad. Se pudiera pensar en representar esas playas como una superficie formado de dunas y declives, de colores variados según los ocupantes y matizadas por las temporalidades, las condiciones climáticas y las actividades. En contraposición, las superficies cubiertas de pasto, las áreas verdes estudiadas en otros ensayos si bien pueden mostrar formas de ocupación similares son de uso de los vecinos inmediatos y obedecen a lógicas en buena medida distintas a las de la playa. A su turno, las áreas de juego actúan como soportes materiales y simbólicos de los juegos donde el individuo se acomoda a ciertas normas y reglas y el juego define el espacio, sea planeado o apropiado directamente por los usuarios.

En las aceras, las playas, los espacios de juego y deporte, las plazas y plazuelas de Río y por doquier, se encuentran marcas evidentes de esa sociabilidad urbana que aun caracteriza los espacios públicos actuales. Esta es una suerte de arquetipo anclado en el pasado remoto de esas ciudades que, al fin de cuentas, han sido y se mantienen como espacios donde las personas asumieron que podrían ubicar su vida privada y, como un *plus*, entrelazar sus espacios privados con elementos colectivos y espacios vacíos que llenan con sus cuerpos, sus bienes, sus sueños, risas, enfados y demás sentimientos que irrigan su vida.

El presente libro es entonces también un espacio de espacios, multifacético y laberíntico como una ciudad. Su escritura que se asemeja a una partitura coral, es a la vez simple pero contundente, y por lo mismo accesible al lector. Si bien se ha hecho referencia a metáforas musicales (en parte influido por el trabajo de Renato Coimbra Frías y Ana Brasil Machado en la presente obra), no cabe duda que una intención de los autores es mostrar al espacio público como una escena teatral. Lectores evidentes de Erving Goffman, muestran a las personas que ocupan o transitan por el espacio público como verdaderos actores que interpretan un guión simple y a la vez complejo: su vida cotidiana, donde la rutina se asocia con la invención sustentada en la creatividad, para que la actuación mantengan el sabor de lo vital y no la amargura de lo repetitivo.

En ese actuar, los actores -es decir finalmente los transeúntes- se presentan como son; el espacio público es el lugar donde pueden expresarse en su personalidad: amas de casa, niños, empleados, personas de la tercera edad ... además, pueden juntarse por afinidad, cambiar de roles, actuar una vida diferente, expresar, como bien lo demuestra uno de los trabajos del libro, sus topofilias y topofobias.

La vitalidad de los espacios y de los actores, señalada abundantemente a lo largo de esta obra es una lección fundamental que se aprende en su lectura. Al respecto Vincent Berdoulay agrega en su aportación a esa obra que «una urbanidad reencontrada gracias a los espacios públicos bien gestionados favorece la vida ciudadana y democrática».

Esta afirmación es indudablemente cierta, aunque falta conocer el cómo: la lectura de este libro nos muestra la riqueza de esta apropiación material y simbólica de los espacios públicos; no niega que la misma genera empatía y a la vez aversión entre ciertos grupos y personas. Por lo mismo, «guerra y paz» aunque la lectura de la obra me ha restaurado en buena medida la creencia en que podemos incentivar la paz (con sus secuelas de seguridad, convivencia y empatía social) a través de un manejo adecuado de los espacios públicos siguiendo a Vincent Berdoulay.

Ciertamente es compleja la tarea de construir espacios públicos distintos de por el pasado, amigables, resilientes, cargados de historia y de sentido, libertarios en el sentido de volver a otorgar al individuo una libertad que el sistema social y económico y la componente «oscura» de la vida cotidiana pretenden amputar. No existen modelos integrales que merecen ser repetidas para la facilidad de los encargados del diseño de los espacios públicos, pero sí «buenas prácticas» que invitan a reflexionar sobre cómo manejarlos. En ese sentido, este libro es una lectura imprescindible para entender el porqué y el cómo de esta tarea.

DANIEL HIERNAUX-NICOLAS

Profesor Investigador

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

Universidad Autónoma de Querétaro, México

REFERENCIAS

- Aranda Sánchez, José (2005). «Michel Maffesoli, una sociología de lo banal» en *Contribuciones desde Coatepec*, N° 9, julio-diciembre, Universidad Autónoma del Estado de México, pp. 93-113.
- Augé, Marc (1992). *Los no lugares, espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Hiernaux, Daniel (2006). «De *flâneur* a consumidor: hacia una fisionomía del transeúnte en las ciudades contemporáneas» en Patricia Ramírez Kuri y Miguel Ángel Aguilar, coordinadores, *Pensar y Habitar la ciudad, afectividad, memoria y significado en el espacio urbano contemporáneo*, Barcelona: Anthropos-UAM Iztpalapa
- Hiernaux, Daniel (2013). «Público-privado: construcción, conflicto y negociación en los espacios comerciales», en *La ciudad un espacio para la vida. Miradas y enfoques desde la experiencia espacial*, Diego Sánchez González y Carmen Egea Jiménez (compiladores), Granada: Universidad de Granada, pp. 195-210.
- Maffesoli, Michel (1982). *La violencia totalitaria: ensayo de antropología política*. Barcelona: Herder.
- Simmel, Georg (1999), *Sociologie: études sur les formes de la socialisation*, París, Presses Universitaires de France.
- Sloterdijk, Peter (2003). *Esferas 1. Burbujas*. Madrid: Ediciones Siruela.

LOS ESPACIOS PÚBLICOS PARA ENTENDER LA CIUDAD DE LAS PERSONAS

Carmen Egea me pide un prólogo para este libro, lo que agradezco porque me honra más allá de la amistad. Le perdono por ello que su invitación me plantee un no pequeño desafío. No conozco Río de Janeiro. Digo que no conozco la ciudad porque no he paseado por sus calles ni por sus paseos costeros, no he visitado sus barrios ni he tenido la oportunidad de conocer en su casa a amigos cariocas. Sin embargo, cualquier persona con cierta cultura general tiene hoy un conocimiento superficial de una ciudad como Río. Todos tenemos imágenes más o menos claras del Cristo en el Corcovado y del magnífico enclave marítimo, con el Pan de Azúcar y la bahía, o de conocidísimas playas como Copacabana o Ipanema. Los carnavales generan un eco universal y hablan de una población dinámica y alegre. Río pertenece al pequeño elenco mundial de las ciudades más reconocibles. Lo que es hoy una ciudad de siete millones de habitantes, levantada sobre la pequeña ciudad colonial de San Sebastián, capital del antiguo imperio brasileño y primera capital de la nueva nación, es hoy una gran metrópolis.

Con elocuencia el Goethe viajero definía a Roma y a París como *weltstadts*, «ciudades mundo», donde le deslumbraba su cosmopolitismo y diversidad, antítesis del provincianismo y homogeneidad de las ciudades alemanas de su tiempo. Hoy sin embargo lo urbano se percibe de un modo diferente, la ciudad mundo pertenece a la realidad virtual donde una sociedad hiper-informada parece estar cerca de todo y dispone de lo otro con una extraña mezcla de proximidad e indiferencia. Seguimos admirándonos con Goethe cuando abrimos alguna

puerta que nos conduce a un saber más amplio. La paradoja es que dichas puertas están mucho más cerca del conocimiento de lo concreto, de su precisión, que de nuevas o viejas categorías abstractas impuestas como explicación. Los lugares y paisajes difundidos en las agencias de viajes no dan cuenta de la vida de una ciudad.

Quizás, lo que comienza como un defecto pueda convertirse en una virtud. Me gustaría para ello mostrar que este libro no es solo una ventana a los modos de habitar una ciudad, sino la propuesta de una mirada amplia, transferible a otras ciudades, sobre los espacios públicos que, a través del estudio de su uso, ofrece una lectura coherente de la geografía social y física de una ciudad. El estudio del espacio público se aborda hoy, en particular en las grandes ciudades y al margen de lo que ofrece el análisis cuantitativo, con gran carga de lugares comunes y de clichés propios de una ciudad genérica. En cambio, el análisis detallado de lo que sólo se puede encontrar en el caso concreto, nos habilita una explicación con capacidad para encender una luz universal. Como se explica en la introducción del libro, es necesario acercarse a un lugar de la ciudad concreto, a un lugar quizás banal en apariencia, para detectar un uso social significativo. La elección, afectiva o comprensiva, conduce a establecer cierto orden entre la gran diversidad de lugares y de situaciones en una gran ciudad como Río. Una plaza, un parque, un jardín o un trozo de playa, en cuanto tales lugares, ofrecen oportunidades de estudio donde desvelar las singularidades y las reglas del comportamiento social. En cada caso arraigan identidades sociales adaptadas a la morfología de los espacios públicos y lo común se desvela en el uso colectivo. Espacio de encuentro, programado o espontáneo, dirigido por actividades necesarias, sociales o voluntarias, como explicaba Gehl, pero siempre espacio compartido, de manera explícita o simple resultado de la coincidencia. Un análisis que no puede prescindir de la experiencia del espacio.

Este libro representa por ello una mirada útil, metodológica, a la realidad vital de una ciudad que se resume en su título, en las *formas de sociabilidad* que acogen los espacios públicos. Resultado de un proyecto de investigación colectivo, el libro ordena sus textos en cuatro categorías que parecen abstractas, pero que no lo son: superficies, ocupaciones, discontinuidades y extrañezas. Con una ambigüedad útil,

cada uno de estos cuatro conceptos combina referencias de uso y de forma, enfatizando su dimensión interactiva, para agrupar los ensayos a partir de algunos rasgos o enfoques compartidos. Cada lugar de Río de Janeiro tratado en el libro se enfoca desde su localización y geografía concretas, con sus condiciones espaciales y paisajísticas como marco, pero sin acentuarlas, porque se prima la indagación de cómo la gente utiliza y se apropia de cada espacio, y como ello puede depender de determinadas condiciones físicas del propio espacio (límites, iluminación, accesibilidad o aislamiento, etc). Pensemos el espacio público como resultado de una combinación de forma, función y símbolo, donde la interacción entre uso y configuración física redefine de modo dinámico sus potencialidades. La arena de una playa o el césped de un jardín urbano, las aceras y las vías rodadas, las plazas y los rincones de barrio se describen acentuando no sólo su perfil espacial. Así este grupo de geógrafos brasileños se plantea el objetivo de ir más allá de la forma, detectando dimensiones del espacio público también útiles para comprenderlo y que pueden re-proponerse como una secuencia: regularidad y variación, interacción y juego, luz y sombra, topofilia y topofobia, sonido y escenario, límites y flujos, renovación y resiliencia, discontinuidad y polarización.

Son dimensiones útiles para jalonar el camino que interpreta el espacio público, pero también su proyecto en cuanto potencia de ser o no ser de determinada manera, anticipando sus condiciones de uso y sus perfiles formales. La simbiosis de uso y forma es de naturaleza social, en sentido amplio, y no responde a un gesto de diseño *ex novo*, sino al diálogo creativo con lo que la ciudad ya tiene. El concepto de sociabilidad puede adquirir una función ordenadora que se yuxtapone sobre un espacio aparentemente ya ordenado. Cada uno de los lugares de Río de Janeiro tratados en el libro concretan esta yuxtaposición, desde la diversidad y la analogía, y descubren formas de habitar la ciudad dotando de protagonismo al espacio público en sí. El enfoque, el método de estudio y los argumentos desplegados por las investigaciones desplazan a la propia ciudad, a Río, al fondo del cuadro. El atractivo de la lectura no es ya un derivado del atractivo de la ciudad, sino el propio tema de estudio.

Seguimos dependiendo, para interpretar el espacio público de la ciudad, de los trabajos realizados en los años 60 y 70 del pasado siglo por Lynch, Whyte, Debord, Bailly, Lefebvre o Sennet. Acercarse al punto de vista de la gente, a cómo se viven los diversos espacios de la ciudad, incluyendo los grupos que despliegan vínculos particulares con cada espacio urbano, no es sencillo. Hoy se prima el trabajo de campo, la narración de cada experiencia, pero faltan métodos, categorías, ideas capaces de establecer patrones. Por ello el mérito de Gehl, incluso en sus limitaciones. Tampoco contribuye el discurso ideológico sobre el espacio público como espacio de representación política, a veces tan estéril. Contemplamos una usurpación institucional de conceptos que deberían permanecer abiertos y protegerse de su utilización acrítica. Prueba de ello es cómo el «derecho a la ciudad» se interpreta como reivindicación del acceso universal a los servicios básicos de la sociedad del bienestar, ya sean la vivienda o la salud, la calidad ambiental o el uso del espacio público, incluida la capacidad de participar. Y se considera que su presentación en una carta urbana o en una norma jurídica conduce, casi de facto, a un verdadero avance. ¿Es este el derecho a la ciudad que propuso Henry Lefebvre? Más allá de un espacio de reproducción social, condicionado por la necesidad, Lefebvre piensa en su apropiación para el disfrute personal y colectivo de la ciudad en sentido amplio. Comparto con Jean Pierre Garnier su crítica cuando afirma que el «derecho a la ciudad» no es algo otorgado en palabras o escritos por las autoridades, sino arrancado por la acción directa e «ilegal» de los ciudadanos. Y lo hago lejos de su postura anticapitalista pero cerca de su crítica a la hegemonía del capital y en defensa de un nuevo espacio del poder en los innumerables y diversos lugares de la ciudad, auto-gestionados por la propia sociedad. Poder, dice Garnier, para producir, intercambiar, educarse, reflexionar y alegrarse juntos. El espacio público es un espacio de aparición explicaba Hanna Arendt en «La condición humana», de encuentro real y a la vez simbólico, donde lo público no pueda ser desbordado completamente por una actividad social banalizada. La ciudad no se reduce al mall comercial, habita en una compleja red de espacios abiertos al servicio tanto del encuentro como de la construcción de identidades vitales. Espacios abiertos en doble sentido. Estamos en esa intrincada urdimbre de afueras que es

la ciudad, en los vacíos intermedios en los que transcurre la vida colectiva. Y espacios accesibles a todos, espacios de libertad, con independencia de la propiedad. Sólo allí determinadas diferencias se atenúan y la segregación puede tender a desaparecer. La capacidad recombinante de la arquitectura urbana, definida por William Mitchell, será útil para mejorar los factores de interacción y ampliar la dimensión del espacio en un proceso a la vez configurante y configurador.

El espacio público es el alma de la ciudad. El libro que tenemos entre manos lo demuestra frente al discurso sobre lo urbano encerrado en planos y planes, que son fetiches, como diría Lefebvre. Con afinidad a un derecho a la ciudad sin rebajas, las investigaciones que recoge este libro reivindican la vida real de la ciudad que se manifiesta, «tiene lugar», en el espacio producido de la ciudad. El aliento que anima un uso determinado del espacio está al lado de la polifonía de los usos cotidianos, de su necesidad, de la celebración del encuentro con los otros, de la sociabilidad en sentido amplio. Lo social que se expresa y se descubre fuera de la jaula establecida por la propiedad y la norma, incluso por la renta y la comunidad. La ciudad contiene más de lo que puede describirse, la ciudad que habitamos y la ciudad que habita en nosotros, escribía Juhan Pallasmaa en «Habitar». No solo se trata de ver, sino de tocar y de percibir más allá de lo que se ve, a través de la oscuridad y del misterio. La ciudad es en gran medida invisible, como el Berlín de Döblin. Cualquier explicación del espacio es algo diferente a habitarlo. El vicio utilitario aspira siempre a codificar, a normalizar, aunque la vida urbana se resista a ello.

Mi particular lectura de este interesante libro transita así por los lugares cariocas con una postura complaciente, aunque no acrítica. La radiografía del carácter y dinamismo de los espacios no es lo más importante. Se apaga en el brillo de un juego interminable de doble adaptación, tanto del espacio a sus usuarios como de sus usuarios a las propias condiciones del espacio. La ciudad siempre se está rehaciendo.

JUAN LUIS DE LAS RIVAS SANZ
Arquitecto, Profesor de Urbanismo
Universidad de Valladolid

UN ENCUENTRO PROGRAMADO

Un lugar. Un lugar banal, ordinario, de los que se encuentran habitualmente en cualquier ciudad: una plaza, un parque, una intersección de calles, una acera, una franja de arena, un césped. De repente, sino poco a poco, la circulación de las personas comienza a aumentar. No sólo se circula por allí, hay también pequeños aglomerados de personas que se van formando y fijándose. Los flujos de llegada continúan alimentando la aglomeración y la densidad del público aumenta mucho. En grupos o solas, las personas se desplazan, se detienen, permanecen de pie o sentadas, realizan algún tipo de actividad o nada hacen de significativo, apenas permanecen allí.

Es como si muchas personas hubieran programado un encuentro en ese lugar y en aquel momento. Ellos, sin embargo, no se conocen. El encuentro fue de hecho programado, tal vez no explícitamente, no de forma personalizada, pero todos aquellos que allí están comparten la información de que ese es un lugar de encuentro. Este encuentro puede incluir conocidos, pero la aglomeración de personas diversas es lo suficientemente grande para neutralizar la formación de un ambiente de exclusiva familiaridad, ya que aquellos que son cercanos, que tienen lazos anteriores, están completamente inmersos en un océano abierto compuesto por varios extraños.

Aunque las personas son mayoritariamente desconocidas hay algo en común entre ellas; comparten un mismo espacio, lo ocupan y establecen una distancia relativa que se reproduce pocas veces socialmente, al menos de forma voluntaria. Dentro de una visión más global, todas ellas conforman una misma dinámica. Todas ellas presentan patrones de conducta que parecen esperados y regulados para ese tipo de

encuentro y eso a pesar de la gran variedad de actividades y actitudes que se pueden observar.

Aunque muchas personas se han dirigido a este mismo lugar en un momento dado, nada extraordinario se espera; la propia reunión es el espectáculo. Cuanto mayor es, también aumenta la importancia de este lugar y del papel relevante de participar en este encuentro.

Así como comenzó, el movimiento paulatinamente termina. La densidad disminuye, el flujo de salida reemplaza el de llegada, los grupos se deshacen y el lugar se desocupa. Comúnmente pasa entonces a abrigar otras actividades, otros movimientos con otros ritmos y otras personas. La idea del encuentro ya no es dominante.

Esta experiencia es común a todos los que viven en las ciudades. Cualquiera de nosotros puede describir lugares donde en determinados momentos se establecen *encuentros*, aunque estos lugares tengan ritmos particulares, sean diversamente ritualizados y estén compuestos por públicos muy diferentes.

Denominamos a esos encuentros como *sociabilidad pública* y percibimos rápidamente que el lugar donde ocurren es un elemento básico para comprender el sentido de lo que allí está pasando, el encuentro social y sus dinámicas. Esto quiere decir que ese lugar participa directamente en la significación de ese tipo de sociabilidad y conocer mejor cómo son esos lugares y sus dinámicas, sus coreografías, implica conocer los fundamentos de algunos de los más importantes rituales de interacción pública.

Hemos dicho pública, pues hay infinitas formas de sociabilidad que regulan nuestras maneras de interactuar con personas en diferentes ambientes, en diferentes momentos y circunstancias. Estamos considerando aquí sólo aquellas formas de intercambios ocurridos en lugares públicos entre individuos que, en principio, no se conocen, pero se reúnen en lugares de exposición pública, lugares investidos de la aptitud para promover el encuentro social en forma de una coexistencia espacial entre diferentes y desconocidos. Todo esto será más analizado, justificado y delimitado adelante, por ahora podemos decir que nuestro punto de partida es espacial, ya que estamos asumiendo, como geógrafos que somos, que ese elemento sea un fundamento primario en esa dinámica de la sociabilidad.

ESPACIOS DE CELEBRACIÓN DE LA VIDA PÚBLICA

La expresión «espacios públicos» aparece comúnmente en la bibliografía especializada asociada a la idea de la política. Esta asociación es tan fuerte, algunas veces, que para muchos investigadores esos espacios se definen fundamentalmente por su acción política. La expresión asumiría, por lo tanto, una dimensión teórica semejante a la abstracción tomada de las relaciones políticas.

En el discurso cotidiano se utiliza frecuentemente la expresión «espacios públicos», pero en ese caso aparece relacionada con las áreas no edificadas de propiedad pública destinadas al uso común y concebidas como gratuitas y de libre acceso. Otra clase de lugares suelen ser asimilados como «espacios públicos», aunque estatutariamente sean privados. Estos son los espacios que reciben al público y que no tienen una propiedad personalizada, o por lo menos, aparecen así ante nosotros. Son lugares privados de uso público, donde se establecen ciertas reglas emanadas del poder público que se imponen sobre ellos y que tienen como vocación primaria recibir al público, aunque —nuevamente— sean privados. En este caso se incluyen tiendas, centros comerciales, algunos parques temáticos de ocio privados entre otros posibles ejemplos. En todos estos casos, aunque la administración de los establecimientos pueda fijar códigos y organizaciones, no puede extrapolar y herir derechos garantizados al público en general, como, por ejemplo, ejercer una discriminación del acceso, utilizando criterios de segregación.

También se encuentra la categoría de espacios que son objeto de otra legislación que garantiza más autonomía a los propietarios y administradores y que rigen determinadas áreas comunes de condominios residenciales, equipos y áreas de infraestructura de parcelas, clubes, asociaciones, etc. Aunque el examen de las dinámicas de esas variadas categorías de espacios que reciben un público, sin duda, demanden estudios más profundos y merezcan un análisis más objetivo y crítico de algunas banalidades insistentemente mencionadas, este libro no se dispone, al menos directamente, a hacerlo. El interés aquí es mucho más delimitado. Se dirige exclusivamente a aquellos espacios públicos más genuinamente constitutivos de un dominio público urbano: calles, parques, jardines, playas, etc.

En ese sentido, partimos ante todo de un espacio físico que es, por estatuto jurídico, un espacio público de convivencia, un espacio de presentación del público, de frecuencia pública. La dimensión física-material no agota, sin embargo, todo el sentido de la espacialidad. La manera en que esa forma material cobra vida, a través de los comportamientos, actitudes y sentidos que la habitan también nos interesan. Este complejo conjunto constituye el modo de ser de un espacio. Por lo tanto, para nosotros, un espacio público es una forma de existencia espacial en la cual una superficie concreta, que posee un estatuto público, gana vida por medio de la actividad que abriga.

Muy a pesar de que esta sea una forma material, no hay un desprecio por el abstracto alcance político de esos espacios; al contrario, queremos comprender esa esfera política dentro del universo de las prácticas cotidianas que se construyen en esos espacios materialmente constituidos. Una sociedad republicana no se expresa solamente por las leyes e instituciones que la regulan; ella también es medida por la vivencia del orden público en los espacios de vida en común, en otras palabras, en los espacios públicos, a menudo menospreciada en los análisis. Para eso, nada mejor que conocer esos espacios en su banal dinámica cotidiana. Comprendemos que los ritos de la sociabilidad vivida sobre esos espacios son un ejercicio y una celebración de la vida social pública; comprendemos también que su observación puede aportarnos elementos decisivos para reconocer diferentes grados de convivencia democrática en diferentes ambientes y espacios de la ciudad.

LA SOCIABILIDAD PÚBLICA Y SU ESPACIALIDAD

Entendemos por *sociabilidad* una forma de interacción social bastante particular. Se trata de un cuadro de acciones que buscan el contacto, el encuentro y la interacción social, establecida al azar de las circunstancias con desconocidos o, al menos inicialmente, con personas con cierto grado de distancia y de anonimato. La interacción se construye bajo las más variadas formas, por medio de estrategias visuales, corporales, comportamentales, sonoras, gestuales, entre otras. Amparados en las ideas de Simmel (2009), la sociabilidad es aquí concebida

como un fenómeno que tiene autonomía en relación con las otras actividades que generan contacto social, pero apuntan a fines pragmáticos diversos. Por lo tanto, la sociabilidad se concibe como la aspiración de ponerse en contacto con otras personas, sin que este deseo se vincule necesariamente a cualquier otro propósito.

En el juego de las variadas interacciones sociales, hay espacios a donde nos dirigimos cuando deseamos encontrar personas, así que fácilmente nos damos cuenta de que estas interacciones sociales se construyen desde una lógica espacial. De esta forma, la sociabilidad que señalamos precisa de una espacialidad específica para construirse. Nuestra atención está dirigida a estos «lugares» donde el evento principal, el interés que moviliza, es el encuentro social, o sea, un variado y heterogéneo grupo de personas se dirige hacia un «lugar» público con el objetivo final de encontrar a otras personas. Los espacios públicos aquí mencionados están abiertos a diversas asistencias, no existen barreras impuestas a ciertas categorías de la población, ni a filtros de acceso, como ocurre en establecimientos comerciales (bares, cafeterías, restaurantes, casa de espectáculos etc.), donde a menudo los frequentadores se ven obligados a consumir o a pagar para entrar. Los espacios públicos tienen propiedades específicas que los animan a recibir gente variada y los hacen operar con la garantía de una posible mezcla y heterogeneidad social.

Sin duda, en la vida urbana de cualquier ciudad hay varios lugares de sociabilidad que son más o menos matizados con características únicas y, por lo tanto, son elegidos por personas con diferentes expectativas. En este trabajo, fueron privilegiados aquellos espacios que poseen un mayor grado de atractivo, que reciben un flujo de personas oriundas de muchas áreas diferentes de la ciudad y que presentan una mayor heterogeneidad de público en términos de edad, renta, intereses, etc. Queremos saber cómo y por qué esos lugares se transforman en puntos de encuentro verdaderamente centrales para un gran número de personas. A veces, son tan centrales que rápidamente son identificados y citados, incluso por aquellos que no los frecuentan. Entonces queremos conocer si la naturaleza, la ubicación dentro de la trama urbana y el tipo de asistencia de estos lugares de sociabilidad, responden de alguna manera por la propia narrativa que describe la identidad de

ellos. Queremos también saber si la naturaleza y el tipo de esos lugares son los ingredientes básicos de esta narrativa, o si al contrario, si su elección ya está, en gran parte, amparada en relatos que los preceden.

El objetivo general es identificar los factores que actúan en la activación de estos lugares más centrales de sociabilidad, sean calles, plazas, plazas, barrios, entre otras muchas espacialidades. ¿Cómo se activan estos espacios? ¿Cómo algunos de estos espacios —siempre sólo algunos en medio de muchos otros— se transforman en verdaderos puntos de encuentro y de diálogo social? ¿Existirían verdaderos modelos en estas dinámicas, es decir, esos lugares centrales de sociabilidad y sus modos de operación obedecerían a algún tipo de correlación, con el tipo de equipo que ofrecen, con la ubicación dentro de la ciudad, con el momento que se activan?

El enigma fundamental de este desafío es entender por qué algunos espacios se activan como lugares de sociabilidad más abierta y densa en determinados momentos. Sabemos por las innumerables memorias urbanas que hay una migración de esos lugares. Esta «migración» es un elemento básico para pensar que hay contextos y significaciones de la sociabilidad, del encuentro social, que cambian junto con esa espacialidad.

Otro aspecto fundamental es el ritmo de esa activación ¿Cómo se construye? ¿Cómo se deshace? ¿Cuándo se deshace? ¿Qué actividades se sustituyen a las que rigen cuando los espacios desempeñan sus papeles de lugares centrales de sociabilidad? ¿Estos ritmos son uniformes, es decir, siempre hay un mismo género de personas o hay una frecuencia diferenciada en el tiempo? La misma pregunta se plantea al espacio, ¿cómo se distribuyen las personas? ¿Cómo se presentan? ¿Cómo ritualizan los encuentros? ¿Cómo se especializan los espacios que guían y califican estos comportamientos?

Esas son sólo algunas preguntas entre las muchas posibles de ser dirigidas al tema. Ante el interés y la riqueza de ellas, hay incluso una dificultad en jerarquizarlas, en establecer prioridades y formas *a priori* de relacionarlas. Esto nos permite afirmar con confianza que este es verdaderamente un tema de investigación. La sociología, sobre todo la inspirada en los trabajos de Goffman (1985, 2010) trató con profundidad y relevancia la idea de las interacciones sociales y sus posibles rela-

ciones con espacios de referencia. La geografía ha relegado estos temas como asuntos periféricos, tal vez debido a la tradición de las preguntas más generales sobre la ciudad, o incluso ha dejado la responsabilidad a la microsociología o la antropología. No se trata aquí de establecer límites y competencias para esos estudios. Sólo queremos afirmar que hay un interés inequívoco de la geografía en este tema, ya que, para nosotros, geógrafos, debemos partir de los espacios, debemos observarlos, describirlos, conocerlos. El interés guía de esta materia o su unidad de análisis son los lugares antes que las variables que acompañan a las interacciones sociales públicas.

LAS OPCIONES PRÁCTICAS

El conjunto de reflexiones reunidas en este libro analiza la estructura y las dinámicas de algunos espacios públicos de la ciudad de Río de Janeiro. Las preguntas que sirvieron como guía inicial reflexionaron sobre el dibujo y las formas físicas de estos espacios; luego se observaron y analizaron las frecuencias y los usos, es decir, los ritmos de la ocupación, las varias estancias de personas o grupos, los recorridos y caminos que alimentan los flujos, las maneras en que las personas se relacionan con estos espacios. Pero ¿qué gente? También se hicieron intentos de correlacionar, grupos de edad, género, renta, intereses, identidades de esas personas para extraer de ahí alguna generalización. Estos espacios fueron largamente observados, fotografiados y, a veces, filmados. Se elaboraron fichas diligenciadas siguiendo un estándar observacional previsto en un «manual de observación», que funcionó como una especie de guía general sobre los aspectos a ser registrados en el campo con las anotaciones imprescindibles (día, hora, lugar, número de personas, etc.). Muchos cuestionarios se aplicaron con preguntas cerradas (edad, género, ingresos, grado de la educación etc.) y, sobre todo, cuestionarios de tipo «origen-destino» que nos permitió tener una medida bastante precisa del área de influencia de lugares públicos y su posible centralidad, definida aquí como la capacidad de atraer a la gente procedente de diferentes radios de distancia. En muchos casos, se realizaron entrevistas semi-estructuradas para perfilar más cualitativamente los frecuentadores asiduos. Esta recolección de

datos y su tratamiento duró más de dos años, del 2012 al 2014, y participaron un total de aproximadamente 20 personas. Todos los autores y autoras de los capítulos aquí presentados participaron en esta fase de recolección y análisis global de los datos de la investigación.

Por supuesto, una obra de esta naturaleza no podría contemplar un gran número de lugares. No hubo, sin embargo, muchos problemas para la elección de aquellos que fueron seleccionados. Se requería como mínimo una fuerte afluencia de asistentes. Al final, estábamos interesados en los «encuentros sociales» entre desconocidos; los espacios públicos confinados, poco frecuentados, o aquellos que mantienen «familiaridad» en la frecuencia no serían los más indicados. Salvo en casos especiales, con el fin de establecer comparaciones específicas o casos de control, los espacios públicos estudiados fueron aquellos que recibieron un gran número de frecuentadores variados y acogieron intereses heterogéneos. Los tres mayores parques públicos de la ciudad: el Aterro do Flamengo, la Quinta da Boa Vista y el Parque de Madureira fueron seleccionados, pues son, reconocidamente, espacios de gran frecuencia en diferentes horarios y días de la semana. Las playas en la Zona Sur de la ciudad también fueron elegidas como objeto de estudio, ya que son destinos privilegiados para una audiencia amplia y figuran en el imaginario urbano carioca como los espacios más democráticos y favorables a la coexistencia de diferentes segmentos sociales, como fue, de hecho, registrado en investigaciones anteriores¹. Lógicamente, hay muchas playas y las dinámicas de cada una justificaría una investigación específica, pero por razones pragmáticas fue necesario concentrar más esfuerzos en algunas. La playa de Copacabana pareció ser una elección juiciosa porque son predominantes las espontáneas referencias a las playas de la Zona Sur de la ciudad. Se constata también que la notoriedad de la playa se confunde con la larga acera que la acompaña y que dio origen a una morfología típica de los paseos marítimos. Esta morfología se reprodujo en otros barrios de la ciudad y trató de reconocer los usos y estándares de la frecuencia en Bangu, Campo Grande y Madureira, en el interior de la ciudad y el de Caxias, en el área metropolitana. La playa de Ipanema también es

1 Los resultados de esta investigación fueron parcialmente presentados en la *Revista Espaço Aberto*, nº 2, 2011 y en la *Revue Géographie et Cultures*, nº 73, 2010.

muy recordada, pero la habíamos estudiado minuciosamente en los años noventa y no sugiere, desde entonces, significativas diferencias entre los patrones de uso y frecuencia comparados con la actualidad. Además de Copacabana, también fueron observados los perfiles de los frequentadores y sus formas de interacción en la playa de Flamengo y la de Barra da Tijuca. Como universos de comparación con playas urbanas de otras ciudades, contamos con una investigación similar hecha por uno de los miembros del grupo sobre las playas de Cabo Frio en el litoral del Estado de Río de Janeiro. Buscamos también tener elementos de comparación con la dinámica de sociabilidad pública registrada en el Piscinão de Ramos, dada su asociación a un pequeño parque, yuxtapuesta a la Playa de Ramos y encajada en un área mucho menos valorada de la ciudad, a orillas de la bahía de Guanabara.

Otro caso definido por la elección comparativa fue el Parque Guinle, situado en el barrio de Laranjeiras. Se encuentra a menos de 300 metros del Largo do Machado en el barrio de Catete, pero las diferencias en la cantidad y variedad de público, en las formas de ocupación, en los ritmos e, incluso en el conocimiento que las personas tienen del Parque como un espacio público son notables. Otro elemento importante en el Parque Guinle es que, como la Quinta da Boa Vista, el Parque fue antes el jardín de una gran residencia señorial, luego reorganizado y abierto al público. Nos ha interesado conocer cómo el diseño previsto y la situación geográfica en barrios tan diferentes, Laranjeiras y São Cristóvão respectivamente, actúan sobre los usos y configuraciones de frecuencias en estos dos parques públicos. En cuanto al Largo do Machado, su accesibilidad privilegiada, atravesado por los dos grandes ejes de circulación del barrio y servido por una estación de Metro, le confiere una importancia que se confirma en la observación del movimiento variado y de las diferentes actividades que allí surgen. Más recientemente y al parecer por primera vez, el Largo do Machado fue uno de los lugares elegidos espontáneamente por manifestantes para concentraciones en las jornadas de junio de 2013, lo que añade, sin duda, un elemento de centralidad a ese espacio. Situación casi idéntica en cuanto a la accesibilidad y centralidad presenta la Plaza Saens Peña, en el barrio de Tijuca, en la parte norte de la ciudad. Nuestra curiosidad se dirigió en el sentido de reconocer si había muchas diferencias

en los patrones de uso y frecuencia comparados con las observaciones registradas en el Largo do Machado y si había significativas diferencias en relación con otra plaza del mismo barrio de Tijuca, la Afonso Pena, que, aunque también disponía de una estación de Metro, tiene un entorno bastante diverso y una situación menos central dentro del barrio.

Por último, el barrio de Lapa, en el casco antiguo de la ciudad, mostró desde el inicio de la investigación, la posesión de los elementos que indicaban una centralidad nocturna muy fuerte. Además de atraer a personas muy diversas, en términos de edad, clase y gusto musical, esas personas vienen en gran número de una vasta área de la ciudad y hasta de la región metropolitana. Así, este barrio ha demostrado ser muy interesante para observar las dinámicas de la sociabilidad, casi un modelo, dada la variedad de situaciones que se allí se presentan. Otros lugares en el centro de la ciudad como Cinelândia y Largo da Carioca fueron útiles en la comprensión de los diferentes ritmos en comparación con la zona de Lapa. Por último, la plaza San Salvador, incrustada entre los barrios del Flamengo y Laranjeiras, interesó a la investigación por algunos aspectos similares a aquellos que se presentan en Lapa, indicando casi una migración de parte del público, pero también fue una conveniente elección por la manifestación más explícita de un elemento que no aparecía con mucha claridad en los otros lugares: la distinción de comportamientos por género. Por todo esto, el lector encontrará en los textos muchas referencias y ejemplos tomados de la observación de esos lugares.

Como es posible constatar, la investigación produjo muchos datos y generó mucho material de análisis. La primera posibilidad de difusión de estos resultados sería la preparación de informes técnicos y la posterior producción de artículos académicos sobre partes del tema. Pensamos inicialmente en proceder así, pero concluimos que otra opción podría presentar ese material de una manera más sintética, agradable y seductora si eligiéramos una forma más libre de narrativa, siguiendo líneas innovadoras de presentación de los asuntos.

Reunimos el material por temas. No presentamos el conjunto de los datos recopilados, por lo que no hay gran número de tablas, gráficos o datos adjuntos. Hemos optado también por un estilo menos académico, sin las numerosas notas y bibliografías que pretenden, a veces,

sólo cumplir con el ritual de mostrar la erudición en citas bibliográficas y protegerse de posibles críticas, recurriendo a la utilización del escudo de autores y autoras reconocidos o consagrados. Esto no significa, de ninguna manera, que las referencias que se utilizan no fueron citadas correctamente. Así, las que nos sirvieron de base en el diseño de la investigación se mencionan en los textos. Como teníamos mucho material recogido, nuestros principales análisis y comentarios, sin embargo, se constituyeron con estos datos y, de hecho, no fue necesario el uso de un extenso material bibliográfico. Dicho esto, es importante señalar que hay muchos autores que nos guiaron, algunos, además, grandes clásicos de la Geografía, como Christaller, Hagerstrand, Gottman, entre otros, y que están ausentes, pues no fueron directamente convocados en los análisis, a pesar de que los inspiran fuertemente. Nuestro objetivo era provocar el interés de un análisis geográfico del tema de la sociabilidad. Hemos querido crear una sensibilidad alrededor de los temas tratados aquí y la obsesión con la precisión estricta podría esterilizar esos esfuerzos o desarrollar resistencia a un público más amplio. Las líneas narrativas adoptadas pretenden hacer que el lector piense sobre el tema y que se motive a intervenir con base en sus experiencias personales en la ciudad. En resumen, el deseo es que la lectura del libro cree una zona de diálogo en diferentes niveles con los lectores y así logre un enfoque cualitativamente más denso a partir de un razonamiento más reflexivo y, por lo tanto, más responsable sobre los temas aquí presentados.

SUPERFICIES, OCUPACIONES, DISCONTINUIDADES Y EXTRAÑEZAS

Como se dijo, el material resultante de la amplia investigación fue reunido y sintetizado de forma temática, con base en las observaciones similares o contrastantes alcanzadas en los diferentes lugares públicos analizados. Estas observaciones no son las más comunes, ni en la bibliografía geográfica, ni en aquella que contempla los espacios públicos. En este sentido, la adopción de una transversalidad temática ha permitido análisis innovadores. Cuatro grandes categorías nos parecieron capaces de reunir esos asuntos.

La categoría que da nombre a la primera parte del libro, *superficies*, reúne los temas que se relacionan directamente con la extensión física, el dibujo, el revestimiento del espacio o sus equipos - arenas céspedes, aceras, canchas, bancos; es un plan espacial que guía, califica y sitúa las acciones. La segunda parte se llama *ocupaciones*, ya que cubre aspectos que, aunque centrales y que dan vida a los espacios públicos, son transitorios. Sin embargo, aunque la fugacidad sea una marca, estos aspectos requieren, en su vigencia, ciertos códigos de comportamiento y valores. La interpretación de estos indicadores -sombras, luces, polarización, centralidad, afectos, sonidos- es de fundamental importancia para la lectura de la dinámica urbana, aunque se hagan y deshagan, que tengan un ritmo intermitente. La tercera parte comprende los temas que tratan de los límites y, por lo tanto, recibieron el nombre de *discontinuidades*. Como nos dijo Simmel (1903, traducción libre): «Otra cualidad del espacio que opera de modo crucial sobre las interacciones sociales se encuentra en el hecho de que el espacio se descompone, para nuestra utilización práctica, en piezas que valen como unidades y - como causa y efecto - están enmarcadas por límites». Estamos acostumbrados a pensar los límites como separadores, y raramente los concebimos como aquello que une, que relaciona, que distingue para complementar. Concebir las operaciones de unir y de distinguir como solidarias significa organizar el razonamiento de otra manera, significa tratar aquí las discontinuidades como elementos en la continuidad espaciotemporal. Los límites son así parte del acto de creación de distinciones y pasajes (Simmel, 1909). Límites y pasajes se presentan bajo variadas configuraciones, a veces son bruscos, a veces corresponden a un cambio de estado, otras veces, tienen grosor y vida propios - los límites, sus diversas formas de presencia espacial, noche y día, la mirada que acerca y distancia son algunos de los elementos evocados en los artículos que componen esta tercera parte. Por último, la cuarta parte fue llamada *extrañezas* y merece algunas aclaraciones previas. Circunstancias fortuitas hicieron que, durante el desarrollo de la investigación que llevó a este libro, pudiéramos contar con la presencia de tres investigadores de origen extranjero: un historiador de América Latina, un politólogo alemán y un geógrafo francés. Ellos permanecieron y participaron, en momentos diferentes, en el grupo *Territorio y Ciudadanía*,

de los trabajos de investigación y de las discusiones aquí expuestas. Es bastante conocida la reflexión y el papel asignado al personaje - el extranjero - en la sociología tan impregnada de geograficidad de Simmel. Más de una década después de la primera publicación del texto de Simmel (2005[1908]), surgió una contribución de Freud (1919) que rediscute el interés de las situaciones en las que se produce extrañeza en algo familiar para nosotros. Freud demuestra que existe una ambigüedad en la propia expresión *heimlich*, que puede significar familiar, pero también oculta y así, paradójicamente, se aproxima a lo opuesto *unheimlich*. Por lo tanto, es perfectamente comprensible nuestro interés en las extrañezas que estos «extranjeros» sintieron al observar con nosotros las formas de sociabilidad del universo carioca. En otras palabras, la sociabilidad es un terreno común, familiar, pero las formas en que construye en distintos contextos espaciales y culturales pueden producir extrañeza por la distancia con respecto a los modelos que nos habitan y que, sin querer, universalizamos. Esta cuarta parte del libro reúne, por lo tanto, las tres contribuciones de aquellos investigadores que eran «extranjeros» en Río de Janeiro durante algún tiempo y, bajo nuestra demanda, reflejaron acerca de las formas de sociabilidad locales a partir de algunas de sus experiencias personales.

Por último, es necesario una breve justificación y explicación para la elección del título del libro, *formas de sociabilidad*. Muchos autores interesados en los rasgos fundamentales que marcan y caracterizan la producción de conocimiento en geografía han comentado la insistencia con que la idea de 'forma' ha acompañado una buena parte del pensamiento geográfico. Esta fijación se puede identificar desde los albores de lo que, incluso antes de recibir el nombre de geografía, compuso la materia sobre la que reflejamos. La forma de la tierra, la forma de los continentes, las formas del relieve, del paisaje, de las ciudades, de la distribución de la población, entre muchas otras, son asuntos comunes dentro de la agenda de los estudios geográficos de todos los tiempos. El término «mirada geográfica», muchas veces llamados a testificar sobre la marca de la especificidad de esta disciplina, incluso fue interpretado como una «mirada morfológica» (Cosgrove, 2008). La figuración gráfica que pertenece siempre al taller de geografía puede tener fuerte

correlación con esta obsesión por la forma. Ya se ha dicho que «la forma es la configuración visible del objeto» (Arnheim, 1997: 82).

La palabra 'forma' así puede ser entendida como un conjunto de superficies que definen un cuerpo. Es, en este caso, de una materialidad física, de una figura concreta. Sin embargo, hay otra dimensión a tener en cuenta, la de forma como formato, como manera o carácter. Antes de la reforma ortográfica de portugués de 1971, la diferencia semántica y de pronunciación era señalada por el acento circunflejo *fôrma* (molde). Así que considerada la palabra 'forma' incorpora a la materialidad un elemento dinámico y gana espesor. En este sentido la forma es un molde, un modelo. Describe algo que existe y se manifiesta con cierto dibujo, se expresa como una configuración. En la bibliografía geográfica, una referencia clásica a esta comprensión puede encontrarse en Berque (1984) en la expresión del paisaje como «marca y matriz»; sin embargo, una vez más, encontramos una anterioridad en Simmel (2005[1908]) que cuenta con la misma preocupación para demostrar las relaciones necesarias entre formación/formato/forma. Cuando nos referimos a la espacialidad de los fenómenos es sobre eso que estamos hablando, de una configuración de procesos que poseen una dimensión espacial.

Por lo que las *formas de sociabilidad* que dan título a las reflexiones y análisis que se reunieron aquí corresponden a esto, formas de construir la sociabilidad en el espacio, modelos o matrices que producen los lugares de encuentro social, siendo al mismo tiempo la configuración del propio encuentro.

PAULO CESAR DA COSTA GOMES | LETICIA PARENTE RIBEIRO